

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

Nueva mayoría y proyecto nacional del MIR en Bolivia [New majority and national MIR project in Bolivia]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Paz-Zamora, Jaime
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-16 23:05:34
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221306

Nueva mayoría y proyecto nacional del MIR en Bolivia

Paz-Zamora, Jaime

Jaime Paz Zamora: Líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Bolivia. Ex-presidente del Congreso Nacional. Ex-vicepresidente de la República. Candidato a la Presidencia de la República por el MIR. Es sociólogo.

La Nueva Mayoría Nacional es la base social del Proyecto Nacional y la estrategia de unidad de los bolivianos, levantada por el MIR. Hay una división de clases y diferencias sociales muy marcadas, que impiden la unidad nacional del pueblo boliviano. Las grandes mayorías nacionales viven al margen del Estado. Bolivia, para ser nación, necesita de un proyecto nacional que realice su calidad de país. Ello significa, en primer lugar, lograr la independencia nacional, un nuevo orden social justo, el desarrollo, la vertebración, y la integración nacionales; una toma de conciencia como nación, una gran concurrencia de factores, un proyecto de construcción y liberación nacionales, la unidad en la diversidad y una identidad y mística exaltadas en torno a un proyecto nacional.

Nacimos - como MIR - con grandes anhelos de renovación y de cambio; pero sólo recientemente hemos comenzado a formular con precisión lo que somos, representamos, y realizamos históricamente. Las funciones, tareas y formas específicas que asumimos hoy, no fueron definidas al nacer el MIR, sino de un modo muy general, impreciso y hasta contradictorio. Como organización nueva en sus propósitos y en su constitución, nuestro movimiento necesitó de un proceso más o menos largo de lucha política, trabajo y acumulación de experiencia para hacerlo, y aún falta un tiempo para que su dirección y el conjunto del movimiento comprenda y haga suyos estos contenidos; para que ello se traduzca en un quehacer político claro y seguro.

Tomando el concepto de problemática en el sentido de asunto temático, de cuestión, de enfoque o preocupación particulares, se puede decir que toda organización social, como toda persona, tiene su propia problemática. La importancia de nuestro

movimiento, cuyo nacimiento significó la negación del viejo mundo político boliviano y la emergencia de una capacidad transformadora, está precisamente en el esfuerzo que ha realizado a lo largo de su historia por desarrollar una nueva problemática, un nuevo planteamiento y una nueva solución para Bolivia. No debíamos intentar recorrer una vez más los caminos de la política tradicional.

Nueva problemática no significa el rechazo a los aportes de la teoría revolucionaria ni a las experiencias históricas de cambio social. Nueva problemática es la elaboración de la teoría de la revolución boliviana - una teoría nacional y específica para Bolivia -; la determinación de cuál es el quehacer político en Bolivia, qué es y qué no es importante en este país y para los bolivianos. Nueva problemática está ligada a la evolución transformadora de Bolivia, y no es resultado dogmático de una nueva teorización. La definición de las tareas, el programa y la organización de quienes se proponen hacer un cambio revolucionario; la concepción que tienen de sí mismos, su comportamiento, sus reflejos para la acción: las referencias fundamentales y la pedagogía de los nuevos hombres y mujeres de Bolivia.

La Nueva Mayoría Nacional es la fuerza social del Proyecto Nacional y la estrategia de unidad de los bolivianos, mediante la práctica cotidiana de la concertación.

Cada vez que en nuestro país un período histórico o ciclo de acumulación entra en su fase de declinación, surgen nuevos movimientos sociales que son, a su vez, los generadores de un nuevo período o ciclo de acumulación económico y político. Estos movimientos sociales fueron la base de los partidos históricos. Así sucedió, por ejemplo, con el liberalismo o el MNR.

La declinación del período que se inició con la revolución de 1952, es también el momento de irrupción de movimientos sociales nuevos y vigorosos. Estos se expresan en la resistencia a las dictaduras, principalmente, mediante la organización del pueblo que motivó las victorias electorales consecutivas a partir de 1978. Se trata de la configuración de una mayoría del pueblo boliviano que hizo posible la apertura del proceso democrático y su paulatina consolidación. El esfuerzo que demandó el cumplimiento de tales objetivos ocasionó la posterior desarticulación temporal del nuevo movimiento social emergente. Es sólo en 1985 cuando se retoma el proceso de rearticulación de ese movimiento social, que entonces asume la condición de Nueva Mayoría para el cambio y la renovación, en la perspectiva de iniciar un nuevo período histórico o ciclo de acumulación con los lineamientos del Proyecto Nacional.

En ella convergen no sólo los trabajadores del campo, de las minas, de las ciudades, sino también las expresiones regionales y culturales de nuestro pueblo. Las mujeres y los hombres honestos de este país. Sus instituciones, sindicatos, Iglesias, empresarios privados, comités cívicos e instancias públicas capaces de unir a los bolivianos.

Antecedentes

El territorio que hoy es Bolivia era lo que podríamos llamar un país centro y de orígenes. Nuestro territorio era un centro para el resto de las regiones, pero, con la llegada de los españoles y el colonialismo, éste pasó a ser un país de fronteras y de tránsito.

No sabíamos si éramos de aquí o de allá. Por una parte, política y administrativamente, estábamos entre Lima y Buenos Aires; pero, por otra, se generaba internamente una capacidad integradora a partir de la riqueza de Potosí, dando a todo nivel una personalidad a la Audiencia de Charcas. A pesar del gran aparato estatal, los españoles no lograron en tres siglos una verdadera integración. Durante ese tiempo se perfila, así, lo que sería luego el Estado boliviano: una gran división.

El colonialismo español, primero, y la opresión nacional, después, han convertido a Bolivia en un país campamento. Tal es el resultado objetivo de la explotación de las mejores riquezas materiales del país, y tal la mentalidad con que lo ven propios y extraños. La Corona española y el imperialismo británico y norteamericano, como también las propias clases dominantes de Bolivia, sólo construyeron en este país aquello que les era estrictamente imprescindible para extraer riquezas y llevárselas afuera. El mismo aparato de Estado que construyeron, con sus instituciones políticas, jurídicas y militares, no obedecía sino a garantizar aquello.

Nuestra independencia en 1825 fue una falsa independencia. Un país indígena, con la mayoría de la población campesina, y con un puñado de blancos al centro. Fueron los criollos los que rompieron con la Corona; en el país grande no pasó nada. Si vemos las cosas bien, con la cabeza fría, no con la visión idealizada de la República que nos dieron en la escuela, tenemos que reconocer que, para la mayoría, no hubo 1825. Un núcleo de españoles nacidos en este continente organizaron la República, una administración pública y un Estado para ellos.

El Estado boliviano es un Estado todavía no plenamente construido y, por tanto, frágil, en formación, como nuestro país: dependiente, desvertebrado, deformado, atrasado; que ha sufrido muchos avatares a lo largo de toda su vida republicana.

Todo país que se ha estructurado como nación, logra un equilibrio entre territorio, población y Estado. El equilibrio de estos factores no solamente señala la existencia de un Estado nacional, sino también el desarrollo de un país. Una nación liberada y construida tiene el control de su territorio, de su población y de su Estado.

En 160 años de vida republicana no hemos logrado el control y el equilibrio adecuado entre estos factores. Somos una nación con un territorio que, desgraciadamente, y a medida que pasan los años, es cada vez más chico; no está copado integralmente por su población. Bolivia es un territorio en el cual nuestro pueblo anda como perdido dentro de sus propias fronteras. No solamente somos pocos en relación a nuestro territorio: estamos mal distribuidos en el espacio geográfico nacional y, al mismo tiempo, no aprovechamos plenamente la riqueza de los lugares que ocupamos, en función del conjunto social.

El Estado boliviano tampoco ha logrado una unidad de la población que habita en el territorio de nuestro país. No tiene como Estado una capacidad administrativa del conjunto social. No controla a su población; no la representa, y más bien la explota. Hay una división de clases y diferencias sociales muy marcadas que impiden la unidad nacional del pueblo boliviano. Existen, además, otros factores de desintegración: los diferentes grupos étnicos, con idiomas y culturas distintos, las desigualdades entre la ciudad y el campo, y el propio regionalismo producto de la desvertebración. Las grandes mayorías nacionales viven al margen del Estado. Las clases sociales que dominaron, construyeron un Estado a la medida de sus intereses, al margen y por encima del conjunto social. Estas clases minoritarias, subordinadas a intereses extranjeros, y que se creyeron dueñas del país, mal podían haber construido un Estado nacional.

La historia es un gran examen de conciencia para todos los bolivianos: un país no construido, un país frágil.

Sólo comprendiendo el fenómeno endémico de fragilidad nacional que vive el país, podemos comprender los problemas que tenemos para llevar adelante un proceso democrático. ¿Cómo podemos garantizar un proceso democrático sólido y estable, si los distintos factores que intervienen en el proceso son frágiles? Es una pesada

carga que llevamos en las espaldas los bolivianos a lo largo de toda nuestra historia republicana.

Para los países vecinos, Bolivia es una especie de Cenicienta desvalida, cuya realidad geopolítica la separa y enfrenta entre sí. En cualquier caso, es Bolivia la que pierde.

Bolivia, para ser nación, con un Estado Nacional estructurado, necesita de un Proyecto Nacional que realice su cualidad de país como nación. Ello significa, en primer término, lograr la independencia nacional, un nuevo orden social justo, el desarrollo, la vertebración y la integración nacionales; una toma de conciencia de la nación, una concepción de lo nacional, una gran concurrencia de los factores que componen la nación, un proyecto de construcción y liberación nacionales. De acuerdo a nuestra experiencia histórica, la unidad de los objetivos nacionales y sociales para la construcción nacional y la transformación social, la unidad en la diversidad, y una identidad y mística nacionales, son las condiciones necesarias para estructurar un proyecto nacional.

Democracia para el cambio

Hay democracias y democracias; la democracia capitalista en los países avanzados e industrializados, las democracias capitalistas dependientes que tenemos en América Latina, las democracias socialistas. Nosotros, a partir de un enfoque nacional y autónomo, no planteamos al país ni una ni otra, ni la de más allá, sino una democracia adecuada a lo que somos y a lo que queremos ser, a la necesidad de estructurar un nuevo tipo de ordenamiento social. Porque, en definitiva, ¿qué es democracia? Democracia es cierta forma de ordenarnos libremente en la vida social, de ensamblar a los individuos y a los grupos para que convivan civilizadamente en un mismo territorio y, entonces, hay una democracia que sirve para Alemania o para los EEUU, para países capitalistas que tienen un objetivo nacional determinado; o una democracia para países como la Unión Soviética o la China, de acuerdo a sus propias necesidades y destinos nacionales. Tenemos que saber tipificar qué tipo de democracia necesitamos para un país como el nuestro, para conseguir nuestros objetivos nacionales y para lograr nuestro destino como país. Los bolivianos necesitamos una democracia para organizarnos de tal manera en nuestra convivencia social, que podamos sacar todas las energías necesarias para conseguir esos grandes objetivos de la construcción y el cambio. Todo ello quiere decir que el Estado que queremos construir debe elevarse sobre cimientos estructurados por esas mayorías

nacionales, ubicarse a su servicio y al servicio de la perspectiva del país que tienen esas mayorías nacionales.

Tenemos el derecho y el deber de colocar todo el sistema de principios y derechos individuales en el contexto de una visión propia de lo que debe ser la organización de nuestra sociedad. Es a partir de tal filosofía que en nuestro programa señalamos que no pensamos para Bolivia ni en una supuesta democracia capitalista dependiente, ni tampoco en una democracia de tipo socialista como existe en otros países, sino en una democracia con estabilidad y progreso para todos. ¿Qué queremos decir con esto? Que estamos en el intento de construir una democracia que organice a los bolivianos en libertad, pero en función de objetivos y proyectos nacionales. De la misma forma como los antiguos pueblos de Europa, en un largo proceso histórico, tuvieron el derecho de poder estructurar su concepto democrático a partir de sus propios objetivos nacionales, nosotros queremos ejercer ese mismo derecho.

Todos somos testigos y protagonistas de la lucha que el pueblo boliviano llevó adelante por conquistar la democracia. La democracia, nuestro proceso democrático, se ha convertido, más allá de un simple cambio de gobierno, es una etapa histórica que se abre en la vida de los bolivianos. Pero es muy importante que nosotros tengamos una visión dinámica de lo que es el proceso democrático. No es un acto que se consuma en el día en que se posesiona el nuevo gobierno democrático, sino un proceso que tenemos que llevar adelante como esfuerzo cotidiano de todos nosotros. Es decir, como una verdadera obra de la construcción nacional. Es de esa manera que podremos en el proceso democrático, concebido dinámicamente, profundizar y perfeccionar el ejercicio de la soberanía popular. Y, al profundizar y consolidar el ejercicio de la soberanía popular de los ciudadanos de Bolivia, ir consolidando poco a poco las instituciones fundamentales de nuestra democracia.

Debemos entender la democracia en su dimensión histórica. Para nuestra concepción de Izquierda Nacional, ello es fundamental. Bolivia es un país que lucha por la democracia vinculando la lucha democrática con el proceso de la Revolución Nacional.

Para la Bolivia de hoy

Cuando recuperamos la democracia después de dieciocho años, nos encontramos en Bolivia con una serie de instituciones cuyo funcionamiento no correspondía al tipo de democracia que necesitamos: una democracia estable, una democracia para todos, una democracia para la construcción nacional. Lo paradójico es que estas

instituciones fueron creadas bajo una concepción de funcionamiento democrático. Por ello, la democracia de hoy necesita encarar seriamente el problema de sus instituciones, adecuándolas a la democracia que necesitamos, del mismo modo como necesitamos resolver y transformar nuestro sistema de partidos políticos, el problema de los liderazgos, y de nuestros comportamientos políticos, adecuándolos a la Bolivia de hoy.

Bolivia, al conquistar la democracia en 1982, ha dejado atrás una historia, y hay una nueva Bolivia que se empieza a construir entre nosotros.

Nuestra democracia fue conquistada con la unidad extraordinaria de nuestro pueblo, y se derrotó a la dictadura, sin disparar un sólo cartucho. Ese es un gran aporte a todos los pueblos que luchan por conquistar el derecho a vivir en democracia.

Esta solución política y pacífica en Bolivia fue posible por la conjunción de tres factores: el primero, el más importante, fue la resistencia organizada y heroica de este pueblo a través de sus organizaciones sindicales, políticas, culturales, y sociales dentro del territorio nacional; el segundo factor, la acción dentro de nuestras Fuerzas Armadas de sectores militares que estaban por la opción democrática, luchando también junto al pueblo boliviano; y el tercer factor, fue esa extraordinaria solidaridad de la comunidad internacional, que minuto a minuto estuvo junto al pueblo boliviano en esa lucha por la democracia. Sin esa acción solidaria internacional habría sido muchísimo, pero muchísimo más difícil, haber conquistado esta victoria democrática.

En América Latina existe una democracia inestable, que exige la creación de mecanismos viables para hacer posible la defensa de la democracia. Nuestros países tienen que ser progresistas de izquierda nacional, por la simple razón que llegamos un poco tarde a la estructuración de los Estados nacionales. Encontramos un mundo donde las cosas ya estaban definidas, pero donde debemos buscar nuestro propio espacio. Así, por definición, países en construcción como los nuestros, deben llegar a un diálogo internacional, para formular nuevas reglas, porque las anteriores se hicieron sin consultarnos, cuando no existíamos como países con personalidad propia.

Fortalecer la democracia en América Latina quiere decir, entre otras cosas, el pago de mejores y más estables precios para nuestras materias primas, y la apertura de los mercados europeos y norteamericanos a los productos manufacturados de nuestro continente.

Existe una relación directa entre mejorarlos términos de intercambio económico, financiero, comercial y tecnológico internacional en favor de nuestros pueblos. Un aspecto de la crisis latinoamericana es la deuda externa. Es terrible constatar que la deuda externa latinoamericana es gigantesca y aumenta, mientras anualmente los países industrializados gastan millones de dólares en armamentos.

La experiencia ha demostrado que la abundancia y el desarrollo en algunos casos se transforman en factores de corrupción del sistema democrático. Pero en el otro extremo, esa misma experiencia nos enseña que la miseria y el subdesarrollo pueden corromperlo absolutamente, e impedir su nacimiento y desarrollo.

Nueva Izquierda e integración latinoamericana

La causa integracionista de América Latina, debemos reconocerlo, ha tenido dimensiones y realidades elitarias. Aún hoy el problema de la integración es visto por nuestros pueblos como algo ajeno a ellos mismos, sus protagonistas aparecen como grupos restringidos de tecnócratas.

La integración latinoamericana debe salir de las oficinas y llegar al pueblo. Debemos lograr que la integración sea una necesidad de nuestros pueblos para resolver sus problemas básicos de existencia. No habrá integración si ésta no se asienta en un proceso de movilización, de concientización y de organización de los propios pueblos que debemos integrar; porque existe el peligro que la integración se convierta en una forma de ampliar mercados en beneficio de los intereses ajenos a nuestro continente. La integración que buscamos debe ser hacia adentro para nuestros pueblos, autónoma, en beneficio de la liberación de los latinoamericanos.

Nuestros pueblos deberán experimentar, en su vida cotidiana, que la integración es algo útil y suyo, que les sirve para avanzar y vivir mejor. Nos encontramos dramáticamente en los comienzos; pero lo único que nadie podrá impedir es que integremos nuestra voluntad política de vivir en comunidad. Ese es nuestro punto de partida para producir, en un futuro próximo, la riqueza que hará irreversible nuestra unidad.

Pero la integración tiene una doble dimensión, porque en América Latina no solamente se plantea el problema de la integración de los distintos países que componen la región, sino también la integración en el interior mismo de cada país. He aquí un grave desafío: integrar países que en sí mismos están desintegrados. Debemos llevar adelante un proceso de integración doble: también integrar estos países

entre sí. Esta es una condición para el potenciamiento y la construcción de esta gran patria latinoamericana.

El problema de la crisis económica en Latinoamérica es un problema político, y de verdad debemos reconocerlo así, porque precisamente en Bolivia estamos viviendo esta experiencia. Vivimos una profunda crisis económica, pero que también es una profunda crisis política. Los bolivianos hemos visto consternados cómo la democracia no ha podido encarar con profundidad la solución de la crisis económica, porque todavía no hemos encontrado la solución a la crisis política. Gobiérne quien gobierne, es absolutamente imprescindible resolver la crisis política para poder encarar con profundidad la solución de la crisis económica.

La crisis se debe a la ausencia de un proyecto nacional latinoamericano que pueda unirnos en un gran esfuerzo a todos los países. Más allá de lo que fue ese proyecto nacional delineado por los padres fundadores de nuestro continente - cuyo centro fue la liberación del colonialismo -, los latinoamericanos no nos hemos vuelto a encontrar en un proyecto común de características nacionales que pueda unificarnos a todos.

Hubo algunos intentos que trataron de generalizar sus modelos en América Latina, por ejemplo el nacionalismo revolucionario de la década del 40, que generó movimientos políticos verdaderamente importantes en muchos países de nuestro continente; el desarrollismo que proclamó la sustitución de las importaciones; aquellas tesis de la dependencia que quedó más en ámbitos académicos; las alternativas de integración e, incluso, las que nos trajeron algunos regímenes militares también como alternativas frente a la crisis que vive nuestro continente. Sin embargo, todos fueron ensayos fallidos que de ninguna manera alcanzaron a interpretar y abrazar verdaderamente a todo nuestro continente.

Esta ausencia de un proyecto nacional latinoamericano hace que nuestro continente viva mediatizado en torno a factores externos e internos. Al no existir un proyecto que nos una a todos para enfrentar la crisis, para definir el tipo de sociedad que debemos y podemos construir en nuestro continente, hace que vendamos lo que otros nos quieren comprar, que compremos lo que otros nos quieran vender, que nos endeudemos cuando nos quieren endeudar y en el momento, en las condiciones y en las circunstancias en que nos quieren endeudar.

Sufrimos también de una mediatización hacia adentro. Los pueblos de este continente todavía no han entrado protagónicamente en la historia de sus países. Nos

encontramos mediatizados todavía por élites que nos explotan y aplastan, que nos imponen modelos de existencia y que no nos dejan participar; por dirigentes que no dan paso a la renovación ideológica y a la estructuración social, como se renueva la naturaleza biológicamente en el continente.

Es por ello que en este instante, ante una ausencia de un proyecto nacional latinoamericano que pueda unir nuestras voluntades y nuestros esfuerzos en una sola dirección, corremos un grave peligro: el dejarnos abrazar por una ideología de crisis, una ideología de pánico, que lleve a las élites dirigentes de cada país a tratar de negociar desde su rincón su propia salvación, recurriendo, precisamente, a aquellos factores que explican la profundidad de la crisis. Una ideología de dispersión que refuerza las burocracias estatales y al centralismo.

Sin embargo, frente a este peligro, vemos con gran optimismo cómo en nuestro continente emergen sectores sociales de mujeres, de juventudes, de grupos ecológicos y regionales, poblaciones enteras que están naciendo con una ideología de cambio. Con una ideología emergente que se opone a la ideología de la crisis. Nuestros pueblos encuentran el espíritu de unidad en la conciencia de que todos juntos debemos salir adelante.